

La prosa de González Martínez

Enrique González Martínez

Obras, vol. 3: *Prosa I. El hombre del búho. La apacible locura. Epistolario*; vol. 4: *Prosa II. Novelas, cuentos y crónica. Crítica literaria. Discursos y conferencias. Prólogos*, Armando Cámara Rosado (ed., comp. y notas), El Colegio Nacional, México, 2002, 593 y 577 págs.

Arturo Cantú

El Colegio Nacional, que ya había publicado dos tomos con la poesía de Enrique González Martínez, publica ahora otros dos con su prosa. El Colegio ha asumido desde hace tiempo la tarea de editar las obras de sus miembros. Libros encuadernados en tela, con pasta dura, impresos en buen papel, vienen a llenar una necesidad al preservar y poner en circulación obras que de otra manera difícilmente serían publicadas por la industria editorial. Por la relevancia y calidad de sus autores, además, forman una colección importante dentro de la bibliografía disponible.

En 1905, cuando aparece *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío, González Martínez tiene ya 34 años. A los 40 publica *Los senderos ocultos*, su cuarto libro y el primero del que se siente plenamente satisfecho. Es un libro de poesía admonitoria: "Busca en todas las cosas un alma y un sentido". Pero nunca, o casi nunca, dice cuáles son esa alma y ese sentido. No lo sabe muy bien. En la segunda parte de su biografía, *La apacible locura*, refiriéndose a ese momento de 1911, apunta: "Quería yo entrar en comunión suprema con el mundo visible [...] pero no quedarme allí, sino [...] interpretar el alma recóndita del mundo" (*Prosa I*, pág. 149). No lo consigue, pero logra elaborar una poesía de comprensión inmediata y ritmo sencillo; tiene éxito, es aceptado dentro del modernismo como un poeta meditativo y filosófico. Al recomendar la búsqueda de algo más por debajo de la superficie de las cosas daba la impresión, a veces, de haberlo encontrado. Con todo, no empieza a ser verdaderamente poeta sino después de los 60, cuando entrega sus mejores libros, y cuando la desesperación corrige la falsa serenidad de sus 40. En su *Antología del modernismo* (3ª ed., UNAM, 1999, pág. 230) dice José Emilio Pacheco: "La muerte de su esposa (1935) y de su hijo (1939) rompieron la aspiración a la serenidad. Entonces

hizo poemas de absoluta maestría, en la más honda línea elegíaca española". En *Segundo despertar y otros poemas*, cuando el poeta tiene ya 74 años, pareciera enmendar el optimismo semipanteísta de los primeros tiempos:

Sobre la terracota de mi faz
el dolor va agrietando arruga por arruga...
¡Oh mi engañosa paz
hecha de avidex lacia y de sueños en fuga!

El poema todavía evoca aquello de "y a veces lloro sin querer...", bajo la inspiración del Darío más fácil, y los "sueños en fuga" son un lugar común solicitado por la rima, pero el tono es sincero, de algún modo convence, muchos años después de la aparición de los *Cantos de vida y esperanza*. En 1945 Villaurrutia ya ha publicado todos sus poemas y *Muerte sin fin* ha salido en 1939, pero González Martínez no los entiende (no los lee, quizás), y tampoco tendría por qué hacerlo. Hay que recordar que al doblar 1900, antes de que nacieran los dos Contemporáneos, ya tiene 29 años. Pertenece a otra época.

En realidad, ni siquiera en su tiempo llega a entender a López Velarde, que en 1919 publica *Zozobra*, su último y más logrado libro, y muere en 1921. En una nota sobre

Amado Nervo, de 1919, elogiando su sencillez, lo presenta como “un raro ejemplo de purificación”, y aprovecha para hacer la diferencia con “los que se mueven dentro del artificio eterno de los verbales logogrifos y de las vacuidades sonoras” (*Prosa II*, pág. 208). Con lo de las “vacuidades sonoras” tal vez alude a algunos modernistas menores, contra los que había enderezado, en *Los senderos ocultos*, aquello de “Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje”. Pero en lo de los “verbales logogrifos” parece aludir a López Velarde, porque algunas semanas después, en una nota sobre *Zozobra*, advierte, refiriéndose a los supuestos excesos de Velarde, que “la lírica de hoy [...] tiende a otros rumbos más cercanos de la sencillez pura que del verbalismo jeroglífico” (*Prosa II*, pág. 230). Los “verbales logogrifos”, de la nota sobre Nervo, lanzados vagamente en general, se concretan en el “verbalismo jeroglífico” del texto sobre López Velarde. Acaba confesando: “Hay en el libro poemas íntegros cuya significación estética se me oculta” (*Prosa II*, pág. 232) y menciona “A las provincianas mártires” y “Fábula dística”. En realidad *Zozobra*, publicado apenas ocho años después de *Los senderos ocultos*, abre otra época y otro tipo de poesía que se le escapa por completo a González Martínez. Leopoldo Lugones, festivamente, y López Velarde, en serio, habían dado ya un paso adelante del modernismo decimonónico. Son los adelantados de la revolución iniciada por Darío.

Pero los dos tomos de prosa de González Martínez resultan indispensables. Condensan, mejor que cualquier otro texto, el paso literario del siglo XIX al XX, de la poesía modernista a la moderna, y muestran como en escorzo el pensamiento y la estética de la poética decimonónica. Todo ello, además, encarnado en un

poeta notable, muy por encima de la mayoría de los de su tiempo.

El primer tomo, *Prosa I*, trae los dos libros de la autobiografía, *El hombre del búho* y *La apacible locura*, y un extenso epistolario que va desde 1900 hasta 1951, y desde Celedonio Junco de la Vega hasta Emma Godoy. El segundo tomo, *Prosa II*, contiene el inicio de una novela, algunos cuentos, artículos de crítica literaria, discursos, conferencias y prólogos. Sus textos sobre Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina y Díaz Mirón son muy recomendables.

Es una lástima que el trabajo de edición de los dos tomos tenga algunas fallas notables. El editor se equivoca en las fechas, como en el famoso texto sobre *Zozobra*, que aparece publicado en diciembre de 1921, fecha en que López Velarde ya ha muerto y González Martínez ya se ha retractado de su crítica original (“Pero aun esos reparos minúsculos [...] quiero borrarlos hoy para que el homenaje de mi espíritu vaya a su sepulcro sin la leve apariencia de una sombra”, *Prosa II*, pág. 114), publicada en realidad en 1919. Cada vez que el autor cita un libro, en sus reseñas o conferencias, el editor se siente obligado a precisar la primera edición, o a recomendar una buena traducción según su criterio. Pero en contrapartida de estos excesos inocentes, con frecuencia se le van las erratas, hasta en los poemas, y al referirse a otras notas suyas inventa un sistema complicado de referencias que además de la página incluye la sección del libro, como si en un mismo tomo hubiese diferentes paginaciones. Por otra parte, no siempre da los datos de la aparición de los textos de González Martínez, lo que parecería obligado en una recopilación de este tipo. ©



Ezequiel A. Chávez

Obra filosófica I



El Colegio Nacional